

GANADOR AUTONÓMICO



ASTURIAS

Maite Patricia Rodríguez – IES Astures

LA MÁSCARA

Dicen que las apariencias engañan. Y puedo confirmar que no les falta razón. Lo que parece inofensivo es la peor arma; y de lo que desconfías... te puede ayudar más de lo que crees. Tantas veces nos han repetido esto que, al decirlo yo, no haréis más caso del que podríais haber hecho hasta el día de hoy. Prefiero contaros una historia que os ayudará a recordarlo siempre. Siempre.

Yo. ¿Quién soy yo? Mejor dicho: ¿quién era yo? Una chica vital, alegre, dicharachera, creativa... Cada día que pasaba, antes de que concluyera, aportaba un trocito de mi alma al mundo, fuera de la forma que fuese. En aquel tiempo siempre estaba moviéndome. Física y mentalmente.

Igual que muchas personas me admiraban, otras deseaban que mi felicidad se desvaneciera. El mundo es así. Nunca eres perfecto para todos. El hermano de mi mejor amiga estaba cansado de mi inagotable vitalidad.

La que yo denomino “mi peor desgracia” comenzó con un inocente paseo en familia. Mi hermana mayor y yo estábamos cansadas de ver manteles, platos y jarrones cuya única utilidad era acumular polvo. Por lo que, cuando mi madre nos dio permiso para ir a comprar solas a la frutería, no dudamos en correr, dispuestas a pagar con nuestro dinero las naranjas y las cerezas a cambio de un poco de libertad. De camino nos encontramos con una tienda destartada, vieja y poco iluminada. Cualquiera hubiera seguido adelante, pero nosotras, sin mediar palabra, nos miramos y decidimos entrar. Mientras mi hermana ojeaba extraños textos, que se llegaban a deshacer en sus manos debido al paso del tiempo, yo, que siempre fui decidida, llevé al mostrador un candelabro, un lápiz y una muñeca de trapo, dispuesta a comprarlos.

El dependiente me miró muy fijamente. Se dispuso a comprobar cuáles eran los objetos que deseaba llevarme. Su cara fue la viva imagen de la sorpresa. Con ojos de puro miedo, me habló. Su voz era ronca y temblorosa.

- Oh, joven, muy buenas compras. Menos mal que aún existen personas interesadas en mis creaciones.
- Sí, es todo muy bonito. Ojalá pudiera comprar más cosas- respondí yo.
- En ese caso, debo ayudarla. Le regalaré una pieza única, y que... Me gustaría decirle que es valiosa, muy valiosa. Pero, por el momento, el valor es sólo artístico- me dijo el dependiente.

Sacó de debajo del mostrador una máscara pintada cuidadosamente en tonos oscuros, y perfectamente tallada.

Mi hermana, que acababa de acercarse, se estremeció al ver la hermosa máscara. Y digo hermosa porque mis ojos siempre la vieron así.

A la salida nos esperaban nuestros padres. Sorprendentemente, no se enfadaron por mis compras. Así que, muy contenta, empecé a observar mis nuevas adquisiciones y muy especialmente la máscara.

Llegamos a casa. Yo coloqué todos mis nuevos tesoros y me puse a leer, actividad que siempre estimula mi creatividad. De repente se me nubló la vista. Sentí como si todas las palabras del texto cobraran vida y abandonaran el papel. Por primera vez me sentía cansada.

Decidí acostarme, pero mi hermana llegó y me dijo que, con mi originalidad siempre presente, le ayudara a escribir una redacción. Lo intenté, de veras que lo intenté, pero ni una sola letra pude colocar correctamente. Al instante de irse de nuevo mi hermana me dormí.

Por supuesto, desde estos sucesos, ocurridos en sábado, hasta el siguiente martes, pasaron cosas, pero para nada relevantes.

Así que pasemos al segundo día de la semana siguiente. Ni siquiera unos deberes sencillos pude realizar. Tanto mi cuerpo como mi mente habían sido consumidos por un extraño poder. ¿Su procedencia? Aún no la sabía. Por aquel entonces pensaba que era falta de sueño o mala alimentación. Pero no, no era así.

En fin, volvamos a ese decisivo martes. Al volver a casa le conté lo ocurrido a mi hermana. Ella no podía creer que yo estuviera cansada, pero era evidente.

- No puede ser –me dijo-. Tiene que haber algo más poderoso que el cansancio para acabar con alguien como tú.
- ¿Es que acaso no puedo estar cansada?–, le pregunté.
- ¿Desde cuándo te ocurre?
- Desde el sábado.
- El sábado... Cuando entramos a esa tienda tan extraña donde compraste tantas cosas.
- ¿Estás insinuando que no sólo los sueños se hacen realidad? ¿Qué? ¿Una pesadilla tan recurrente, como un local donde venden objetos malditos, existe?
- ¿Quién te dice a ti que no es así? Todo encaja: una tienda oscura y misteriosa; un dependiente extraño, que además te regala, amablemente, una pieza tan inquietante como es esa máscara; y una “maldición” haciendo efecto sobre la persona poseedora de los objetos. Lo peor que le puede ocurrir: perder su vitalidad.

- ¿La máscara está maldita?-, dije sin casi poder creerlo.
- Hay que deshacerse de ella inmediatamente —, me dijo.

Fuimos a un descampado lejos de nuestro hogar. Allí abandonamos mi querida máscara.

Al día siguiente, en el colegio, todo parecía normal. Estaba recuperando poco a poco mi creatividad. Me dolía no poseer la máscara, aquella máscara tan hermosa, pero sabía que era lo mejor para mí.

Al regresar a casa, todo volvía a ser normal. Pero un detalle llamó mi atención: aquella muñeca de trapo que compré en la extraña tienda donde me regalaron la máscara no estaba en su sitio. No le di demasiada importancia y me puse a colocar el abrigo. Al darme la vuelta, la muñeca se había puesto de pie. Sonrió maléficamente y levantó los brazos. Yo me asusté muchísimo, pero más lo hice cuando caí al suelo y noté que mis bienes más preciados, vitalidad y creatividad, se iban de mi ser para poseerlos esa malvada muñeca. Me sentí sin fuerzas, totalmente disgustada de haber perdido mi alma. Solo llegué a comprender que la máscara no estaba maldita: lo estaba la muñeca, quien quería poseer mi vitalidad. El dependiente de la tienda lo sabía, por lo que, para evitar que yo me diera cuenta y dejara la muñeca en cualquier lugar que le perjudicase, le dio a la máscara el único y verdadero uso que tiene: ocultar la realidad, haciendo que todos los indicios apuntaran a la máscara como culpable, y consiguiendo, así, que jamás desconfiáramos de la muñeca.

Cierto día de mi nueva y triste vida sin creatividad, la máscara se cruzó de nuevo en mi camino. Supe cuán hermosa era al ver que despertó la poca creatividad que quedaba en mi ser para ayudarme a escribir esta historia, en la que no hay otro fin que recordamos que jamás dejéis que nadie os robe algo tan bonito como es la capacidad de crear y disfrutar de lo creado. Y, con las últimas gotas de vitalidad que quedan en mi alma, termino este relato deseando que hayáis disfrutado de él. Y que, al menos, mi desgracia haya servido para haceros sentir con estas palabras. Porque sentir es lo más bonito y real que se puede experimentar.

Fin